

## LA LUNA.

---

¡Con qué tristeza sube de los mares  
 Esa luna magnífica y radiosa!  
 Baña las olas con sus luces bellas,  
 Esta peña, esta playa silenciosa,  
 Y mi triste semblante: las estrellas  
 A distancias enormes la acompañan  
 Semejantes á pálidas centellas.  
 Todo en este lugar convida y mueve  
 A suscitar recuerdos en el alma:  
 La soledad, la noche, el aire leve;  
 La silenciosa luna, el mar en calma,  
 Y aquella triste y solitaria palma.  
 ¡Oh reina taciturna de la noche,  
 Consuelo del viajero y del amante!  
 Al ver mis ojos esa luz serena,  
 La mente se arrebatada delirante,  
 Y recorre, afligida de su pena,  
 Vastos desiertos, montes y bajíos,  
 Mares inmensos, lagos solitarios,

Selvas calladas y soberbios ríos.  
 Tú viste la catástrofe tremenda  
 Del mundo primitivo, cuyos mares  
 Estruendosos, saliendo de sus lechos,  
 Sepultados dejaron grandes bosques  
 De palmas antiquísimas y helechos,  
 Y de árboles sin número, que el sabio  
 Absorto mira, enmudecido el labio.  
 Allá también en un olvido triste  
 Descansando hoy enormes mastodontes,  
 Lagartos y elefantes colosales  
 Que arrebatados de las olas viste  
 Soterrados quedar confusamente  
 En medio de montones de animales.  
 Siglos después estáticas te vieron  
 Heliópolis, Palmira y Ecbatana,  
 Y la famosa Tebas de cien puertas,  
 Último esfuerzo de soberbia humana.  
 ¡Cuántas veces bañó tu luz tranquila  
 Sus palacios y templos y colosos,  
 Sus altas torres y anchurosos muros,  
 Sus ciudadelas y profundos fosos!  
 Más hoy qué diferentes aparecen  
 En medio de las vastas soledades,  
 A tu luz celestial esas ciudades,  
 Que hechura de gigantes me parecen!  
 ¿Dónde estuvieron sus ruidosas plazas?  
 ¿En dónde están sus reyes y su gente,

Y tanta vanidad y tanta gloria?  
 Todo pasó cual rápida corriente,  
 Y apenas queda su fugaz memoria.  
 En las noches brillantes y serenas  
 La víbora se enreda en sus columnas,  
 O ciñe las estatuas eternas  
 Cuando te vé salir de las lagunas  
 O de los erizados espinales.  
 El insecto contempla tu belleza  
 Entre los cardos y verbena ruda  
 Que nace en la arruinada fortaleza;  
 Y el pájaro nocturno en su tristeza  
 Desde el roto obelisco te saluda.  
 Enterrados de Egipto en las arenas  
 Miras los templos de Memnon y Osiris,  
 Los enormes esfinges destrozados,  
 Los inmensos y tristes propileos,  
 Las tumbas de monarcas ignorados  
 A pesar de sus grandes mausoleos.  
 ¡Miserables pirámides fastosas,  
 Menos soberbias que los vanos reyes,  
 Cuyo polvo empañó sus anchas losas!

Ese disco tristísimo que incierto  
 Entre las nubes lánguido se asoma,  
 Ayer iluminó con rayo muerto  
 El lago solitario de Sodoma.  
 Brilló también en el glorioso suelo

Donde el Atrida se acampó y Aquiles;  
 En donde estuvo la estruendosa Troya,  
 Ora morada de ganados viles,  
 Ni alumbras ya de esa ciudad, siquiera  
 Los escombros del muro y la trinchera.  
 Hoy con rayos tranquilos iluminas  
 Risueños campos, dulces soledades,  
 Lindos arroyos, fértiles colinas,  
 Nuevos pueblos y espléndidas ciudades:  
 Esta México rica y afamada,  
 Esa París gloriosa con su ciencia,  
 Y esa soberbia Londres tan hinchada  
 Con sus grandes escuadras y opulencia.  
 ¡Magníficas ciudades que algún día  
 El tiempo ha de asolar á tu presencia!  
 Sus pórticos, palacios, coliséos,  
 Gimnacios y academias orgullosas,  
 Sus grandes bibliotecas y muséos,  
 Todo arruinado entre aguas cenagosas  
 Servirá de morada en que se oculten  
 Verdinegros lagartos y rapozas:  
 Y las simples palomas con asombro  
 Hacia otro rumbo torcerán el vuelo  
 Al ver amontonado tanto escombros.

Allí en el fondo de ese mar que veo,  
 Brilló también tu luz encantadora,  
 Antes que el Ponto en grande bamboléo

Se volcara en la Atlántida potente.  
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!  
 Quizás ¡oh patria! ha de llegar el día  
 Que estallen estruendosos tus volcanes,  
 Y que agiten tu atmósfera sombría  
 Relámpagos, y truenos, y huracanes.  
 Verás ¡oh luna! que la ardiente lava  
 Arrasa entonces en su curso undoso  
 Los árboles, cosechas y ganados,  
 Las ciudades y pueblos abrasados,  
 Las cúpulas, los arcos y columnas,  
 Los sabios y el ejército valiente.  
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!  
 ¡Cuántas naciones á su vez pasando  
 Envueltas en las olas de la vida,  
 En su viaje fatal te iban mirando  
 También tú melancólica las viste  
 Incensar á sus sátrapas y reyes,  
 O bien oyando autoridad y leyes,  
 Correr á hundirse en el sepulcro triste.  
 A tu vista pasaban como nubes  
 Mil pueblos y monarcas opulentos:  
 Pasó Nemrod, Sesostris, y Darío,  
 Alejandro y los Césares violentos;  
 Y tú entretanto sin cesar rodando,  
 De los mares te alzabas bella y pura,  
 Y á los mares bajabas, relumbrando,  
 O ignorada, tristísima y oscura.

Tú seguirías en lánguida carrera  
 Circulando serena en el vacío,  
 Al paso que otros reyes y otras gentes,  
 A leyes invariables obedientes,  
 Irán callendo sobre el polvo frío,  
 Como las hojas pálidas del bosque  
 Al rebramar el huracán sombrío.  
 Ilumina mi lúgubre semblante,  
 ¡Oh luna! y ten piedad de mi flaqueza,  
 Si acaba así la espléndida grandeza,  
 ¿Qué será de esta caña vacilante?

**JOSE DE JESUS CUEVAS.**

---

**LA ORACIÓN DEL NIÑO.**

---

¡Oh Madre de pureza  
 Que cuidas con cariño  
 Al inocente niño  
 Que te ama con fervor!  
 Sofoca de mi pecho  
 Los malos movimientos  
 Y da á mis pensamientos  
 Tu virginal candor.

---

Tú cubres con tu manto  
 De estrellas recamado,  
 Al niño desolado  
 Que gime en la orfandad.  
 Al hijo de los reyes  
 Y al hijo del mendigo,

A todos presta abrigo  
 ¡Oh Madre! tu bondad.

---

Piedad y larga vida  
 Concédele á mi padre;  
 Que cuides á mi madre  
 Te pido por tu amor.  
 Que nunca los pesares  
 En vendaval deshecho,  
 Derramen en su pecho  
 Acíbar de dolor.

---

De lágrimas es valle  
 La vida y de tristura,  
 Un valle de amargura  
 De cuitas y de horror.  
 De abrojos y sin sombra,  
 La vida es un desierto! . . .  
 A nuestro paso incierto  
 Alumbra tu fulgor.

---

Con fé sella mi frente;  
 Dá al pecho dulce calma;  
 Y haz brillen en mi alma  
 Los rayos de verdad.  
 Que no manchen mis labios

Palabras de mentira;  
Del corazón la ira  
Se aleje y la maldad.

---

¡Oh, Madrel quién pudiera  
Volar al cielo santo  
Asido ¡ay! á tu manto  
La vida al exhalar!  
Queremos ir contigo,  
Que es triste aqueste suelo  
¡Ah! llévanos al cielo  
Tus glorias á cantar!

---

**TIRSO RAFAEL CORDOBA**

---

**CONCHA.**

---

Yo soy la linda concha  
De plata y nácar,  
Qué guardo hermosa perla  
Dentro del alma;  
Rico tesoro,  
Más valioso en el mundo  
Que todo el oro.

---

¿Qué puede compararse  
Con la inocencia,  
Compañera amorosa  
De infancia tierna;  
Ángel que al suelo  
Para cuidar del niño  
Baja del cielo?

---

Fresca rosa en su caliz  
 Guarda escondido  
 Embriagador perfume  
 Blando, exquisito;  
 Y el alma hermosa  
 Es del niño inocente  
 Como esa rosa.

---

Ay! perdido el tesoro  
 De la inocencia,  
 ¿Qué es del hombre infelice  
 Sobre la tierra?  
 ¿Qué de las flores  
 Arrancadas, marchitas  
 Y sin olores?

---

Yo soy la concha bella,  
 Yo soy la niña  
 Inocente, dichosa,  
 Pura y festiva,  
 Que sin cuidado  
 Oigo bramar las ondas  
 Del mar airado.

---

Soy la blanca azucena  
 De grato aroma

Que embalsama las brisas  
 Halagadoras;  
 Y aún en capullo,  
 De amante jardinero  
 Formo el orgullo.

---

Y pues tan afanoso  
 Me quiere y cuida,  
 Sean para él mis gracias  
 Dulce delicia,  
 Y nunca el viento  
 Me destroce y le cause  
 Rudo tormento.

---

## El Angel de la Inocencia.

Á MI HIJA NATALIA.

Anoche, madre,  
Tuve yo un sueño  
De los más lindos  
Y placenteros.

Soñé que andaba  
Flores cójiendo  
Por cierto prado  
Verde y risueño,  
Junto á la orilla  
De un arroyuelo;  
Cuando de pronto  
Miro á lo lejos  
Un lindo arcángel  
Que á mí viniendo,  
Rápido cruza  
Los mansos vientos.

Llega, y absorta  
Su faz contemplo,

Miro sus ojos  
Color de cielo,  
Su blanda risa,  
Su talle esbelto,  
Las hebras de oro  
De sus cabellos,  
Y su ropaje  
Que al aire suelto,  
Flotando vaga  
Como en el templo  
Lijera nube  
De blanco incienso.

Y soñé, madre,  
Que el ángel bello  
Dióme en la frente  
De amor un beso,  
Y así me dijo  
Con blando acento:

“Gracias niña,  
¿Por qué tan lejos  
De tu adorada  
Madre, corriendo,  
Alegre cruzas  
El campo ameno  
Cogiendo flores  
Con embeleso?”

Tu buena madre  
 Con afán tierno,  
 Te busca inquieta,  
 Niña, temiendo  
 Que entre las rosas  
 Oculto insecto  
 Aleve daño  
 Te cause fiero;  
 O bien que caigas,  
 Al ir corriendo,  
 En esas ondas  
 Del arroyuelo.

Vuelve á sus brazos,  
 Vuélvete, y presto  
 La dulce calma  
 Torne á su pecho.

Yo soy el angel,  
 Niña, que velo  
 Por la inocencia  
 Con amor tierno!"

Dijo así el ángel,  
 Y en el momento,  
 De nuevo dióme  
 De amor un beso,  
 Tendió las alas  
 Y por el viento

Se fué volando,  
 Madre, hasta el cielo!

De gozo llena,  
 Seguirle quiero,  
 Cuando agitada  
 Madre, despierto! . . . .  
 Al angel busco . . . .  
 ¡Cuál mi contento  
 Es, cuando miro  
 Tu rostro bello,  
 Tu dulce rostro  
 Que es mi embeleso,  
 Y es el retrato  
 Del que ví en sueños!

MANUEL M. FLORES.

—  
EVA.  
—

Era la sexta aurora. Todavía  
El ámbito profundo  
Del éter el *Fiat-lux* estremecía  
Era el sereno despertar del mundo,  
Del tiempo la niñez. Amanecía,  
Y del Creador la mano soberana  
Ceñía con gasas de topacio y rosa,  
Como la casta frente de una esposa,  
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera lijera  
Las olas de oro de la luz primera.  
Y levantando púdica su velo  
Gentil la Primavera,  
Al ostentar magnífica sus galas,  
Iba en los campos vírgenes del suelo  
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura  
Tapizaban soberbias los barrancos,  
Y eran su espuma caprichosa y rica  
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,  
Llenaba su follaje de rumores;  
Flotaba en el espacio la armonía,  
Y la colina desbordada en flores;  
El agua alegre, juguetona, huía  
Entre cañas y juncos tembladores,  
Y de la aurora bajo el ancho velo  
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas  
De los ríos, las fuentes y los mares,  
Juntándose amorosas, preludiaban  
Un ritmo del Cantar de los Cantares.  
El incienso sagrado del perfume  
Se exhalaba de todas las corolas.  
Vagarosos los tímidos cefiros  
Al rumor de sus alas ensayaban  
Un concierto de besos y suspiros;  
Y cuantas aves de canoro acento  
Se pierden en las diáfanas regiones,  
Desatando el raudal de sus canciones  
Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza,  
De salir del caos aún deslumbrada,

Ébria de juventud y de belleza,  
 Virginal y sagrada,  
 Velándose en misterio y poesía,  
 Sobre el tálamo en rosas de la tierra  
 Al hombre se ofrecía.

¡El hombre! Allá en el fondo  
 Más secreto del bosque, do la sombra  
 Era más tibia del gentil palmero,  
 Y más mullida la musgosa alfombra,  
 Más tupidas las flores  
 Y más rico y fragante el limonero;  
 Y llevaba la brisa más aromas,  
 La fuente más rumores,  
 Y cantaban mejor los ruseñores,  
 Y lloraban más dulce las palomas;  
 Do más bello tendía  
 Sus velos el crepúsculo indeciso,  
 Allí el Hombre dormía,  
 Aquel ere su hogar, el Paraíso.

El mundo inmaculado  
 Se mostraba al nacer grande y sereno.  
 Dios miró lo creado  
 Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de Aurora,  
 De aquel instante en la sagrada calma,  
 A la sombra, dormido, de una palma  
 Estaba Adán. Su frente pensadora,

Su noble faz augusta de belleza  
 En medio de su sueño se cubrían  
 De una vaga tristeza.  
 Oreaba sus cabellos el cefiro;  
 Blandamente su pecho respiraba,  
 Pero algo como el soplo de un suspiro  
 Por su labio pasaba.  
 ¿Padecía?... ¡Quizás!... En su retiro  
 Sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio  
 De la existencia en el primer momento  
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.  
 La inmensa vida palpitaba en torno;  
 Pero él estaba solo... El aislamiento  
 Trasformaba en proscrito al soberano...  
 Entonces el Señor tendió su mano  
 Y el costado de Adán tocó un instante...

.....  
 .....  
 Suave, indecisa, sideral, flotante  
 Cual lijero vapor de las espumas,  
 Cual casto rayo de la luna errante  
 En un jirón perdido de las brumas;  
 Cual nacida del caliz de las flores,  
 Con sus pétalos hecha y sus colores,  
 Viviente perla de la aurora hermosa,  
 Lampo de luz del verdadero día

Condensado en la forma voluptuosa  
De un nuevo ser que vida recibía,  
Una blanca figura luminosa  
Alzóse junto á Adan . . . Adan dormía.

La primera mujer . . . Fúlgido cielo  
Que bañó con su lumbre  
La mañana primer de las mañanas,  
¿Viste luego en la vasta muchedumbre  
De las hijas humanas,  
Alguna más gentil, más hechicera,  
Más ideal que la mujer primera? . . .

La misma mano que extendió los cielos  
Y los alumbró con auroras bellas;  
La que salpica los etéreos velos  
Con rocío de estrellas;  
La que viste de azul los horizontes,  
Los campos de esmeralda,  
Y de nieve la cumbre de los montes  
Y de verde oscurísimo su falda;  
La que hace con el iris esplendente  
Diademas al magnífico torrente  
Que su raudal de plata  
Entre nube de espumas  
Desborda en tormentosa catarata;  
La que toma del iris los colores  
Para con ellos colorar las plumas  
Para con ellos matizar las flores;

La mano que en la gran naturaleza  
Pródiga vierte perennal hechizo,  
La del eterno Dios de la belleza,  
¡Oh primera mujer . . . esa te hizo! . . .

La dulce palidez de la azucena  
Que se abre con la aurora,  
Y el blanco rayo de la luna llena,  
Dejaron en su faz encantadera  
La pureza y la luz. Los frescos labios,  
Como la flor de la granada, rojos;  
Esa luz, que es un sol para las almas  
En la limpia mirada de los ojos;  
Y por el albo cuello,  
Voluptuoso crespón de sus hechizos,  
La opulenta cascada del cabello  
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,  
Su labio sonreía,  
Su aliento perfumaba,  
Y el mirar de sus ojos encendía  
Una inefable luz, que se mezclaba  
Al albor del crepúsculo indeciso . . .  
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida  
Se agitaba dichosa:  
Naturaleza toda, palpitante,  
Cebía sus contornos voluptuosos:

Las hojas la cantaban  
 La canción del susurro melodioso,  
 Al compás de las fuentes que rodaban  
 Su raudal cristalino y sonoro:  
 La arrullaba la brisa con rumores,  
 Su cabello empapaba con aromas,  
 Y trinaban mejor los ruiseñores,  
 Y lloraban más dulce las palomas,  
 En tanto que las flores  
 Húmedas ya con el celeste riego,  
 Temblando de cariño á su presencia  
 Su pié bañaban de fragante esencia  
 Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecía;  
 Y á la plácida sombra del palmero  
 Tranquilo Adán dormía.  
 Su frente majestuosa acariciaba  
 El ala de la brisa que pasaba,  
 Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba,  
 Sobre el inquieto corazón las manos,  
 Húmedos y cargados de ternura  
 Los ya lánguidos ojos soberanos.  
 Y poco á poco, trémula, agitada,  
 Sintiendo dentro el seno comprimido  
 Del corazón el férvido latido;  
 Sintiendo que el aliento que salía

Del labio abierto del gentil dormido  
 Abrasándole el suyo, la atraía,  
 Inclinóse sobre él...

Y de improviso  
 Se oyó el ruido de un beso palpitante,  
 Se estremeció de amor el Paraíso!...  
 Y alzó su frente el sol en ese instante.

## INDICE.

---

|   | Págs. |
|---|-------|
| MANUEL CARPIO.—Biografía.....                     | 5     |
| La inmensidad de Dios.....                        | 14    |
| Castigo de Faraón.....                            | 18    |
| Paso del mar rojo.....                            | 26    |
| El monte de Los Olivos.....                       | 33    |
| Al nacimiento de la Virgen.....                   | 38    |
| La muerte del Redentor.....                       | 41    |
| Camino del Gólgota.....                           | 46    |
| La Virgen al pié de la Cruz.....                  | 53    |
| México.....                                       | 58    |
| Al río de Cosamaloapam.....                       | 68    |
| Napoleón en el mar rojo.....                      | 69    |
| La luna.....                                      | 72    |
| JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—La oración del<br>niño..... | 78    |
| TIRSO RAFAEL CÓRDOBA.—Concha....                  | 81    |
| El ángel de la inocencia.....                     | 84    |
| MANUEL M. FLORES.—Eva.....                        | 88    |